

El movimiento obrero antes de la guerra civil: el enfoque de Manuel Tuñón de Lara

Francisco SÁNCHEZ PÉREZ
(Universidad Carlos III de Madrid)
fsperez@hum.uc3m.es

RESUMEN

El propósito de este trabajo consiste en analizar algunas de las aportaciones del profesor Manuel Tuñón de Lara a la historia de la clase obrera en España en la etapa cronológica que se considera unánimemente la de madurez plena del movimiento obrero: el primer tercio del siglo XX. Su enfoque se deriva de tres factores vitales que aquí se abordan: Tuñón fue testigo y protagonista de parte de la historia que a su vez analiza, su trabajo es excéntrico frente a la historiografía española (excéntrico en lo geográfico, lo político y lo académico) y su principal resultado fueron las síntesis y no las monografías. De esta forma se despliega su exposición de los tres niveles: las condiciones de vida (relaciones de clase), las asociaciones obreras (conciencia de clase) y los conflictos explícitos (lucha de clases), preferentemente las huelgas.

Palabras clave: Historiografía española. Historia del movimiento obrero. Manuel Tuñón de Lara. Historia de España 1901-1936. Movimiento obrero español. Historia social en España.

Manuel Tuñón de Lara and the labour movement before Spanish Civil War: Some thoughts about his approach

ABSTRACT

The intention of this work consists of analyzing some of the contributions of professor Manuel Tuñón de Lara to the history of the working class in Spain during the chronological stage that is unanimously considered the one of total maturity in terms of labour movement: the first third of the Twentieth Century. His approach derives from three vital factors, which are studied here: Tuñón was both witness and protagonist of part of the history that he analyzes, his work is eccentric front to the Spanish historiography (eccentric geographically, politically, as well as academically speaking) and his main results were the syntheses and not the monographs. In this way, his exhibition of the three levels unfolds: the working conditions of life (class relations), associations (class conscience) and the explicit conflicts (class struggle), preferably strikes.

Key words: Spanish historiography. Labour movement history. Manuel Tuñón de Lara. Spanish history 1901-1936. Spanish labour movement. Social history in Spain.

El propósito de esta colaboración consiste en analizar algunas de las aportaciones del profesor Manuel Tuñón de Lara a la historia de la clase obrera en España, particularmente en lo que respecta a la etapa cronológica que se considera unáni-

memente la de madurez plena del movimiento obrero: el primer tercio del siglo XX. Es decir, los años de la crisis del reinado de Alfonso XIII y de la Segunda República. Esta etapa fue una de las predilectas, por no decir la *predilecta*, de todo su quehacer histórico. Hecho fácilmente demostrable pues la abordó en múltiples ocasiones no sólo desde el flanco del movimiento obrero, sino desde el ángulo de la historia intelectual y cultural, de la historia de las élites y del *poder* –como a él le hubiese gustado afirmar– o desde un ángulo de historia *global* –otra de sus marcadas preferencias–. No es mi intención destacar únicamente en qué medida y por qué se han superado algunos de sus análisis, pues es bastante obvio que los enfoques de los historiadores han cambiado mucho en los últimos veinte años, sino también si todas sus preocupaciones en torno a este tema se hallan hoy tan realmente desfasadas como a veces se ha sugerido. Como aspecto previo también estoy obligado a decir que a diferencia de toda una amplia generación de historiadores y especialistas españoles que recibieron de lleno su influencia, su amistad y afecto, y su magisterio/ejemplo de forma directa, lo que se suele reflejar en sus puntos de vista, yo soy de una generación que llegó a la Universidad (o a la Historia si se prefiere) después del franquismo y la primera transición (o dicho de otro modo, cuando Tuñón ya había regresado a España), lo que obviamente se refleja en los míos.

Aunque no se pretende aquí discutir las aportaciones metodológicas en torno a la ciencia histórica que hiciera Tuñón y que se han analizado en otros lugares con cierta profusión¹ sí debo destacar tres aspectos esenciales para entender su acercamiento al problema del movimiento obrero de este período. En primer lugar, hay que señalar que fue testigo y protagonista de una buena parte de la época que *historia*, los años treinta y la Segunda República, época en la que Tuñón vivió sus años de juventud y estudios universitarios en Madrid (tenía 15 años el 14 de abril de 1931 y apenas 20 el 18 de julio de 1936). Un segundo aspecto importante es que cuando comienza a *historiar* el movimiento obrero español lo hace desde fuera de España, desligado de los medios académicos y universitarios del país y enfrentado frontalmente tanto a ellos como a la situación política y social del país bajo la dictadura franquista. Esto lo convirtió en un ídolo para una generación muy variopinta de estudiantes, investigadores e historiadores, por lo general mucho más jóvenes que él y educados en la España franquista. Por último convendría reseñar que en buena medida por esta situación sus primeras y principales aportaciones en esta materia antes de volver definitivamente a España (1981) no fueron modestas monografías locales o provinciales, sino acabadas obras de síntesis, en particular su clásico *El movimiento obrero en la historia de España*² al que se ha definido como un estudio global clásico de referencia, equiparable a lo que se había hecho en otros países cuarenta o

¹ ARÓSTEGUI, Julio: “Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica”, en GRANJA José Luis de la & Alberto REIG TAPIA (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1993, pp. 143-196; PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española”, en GRANJA José Luis de la, REIG TAPIA, Alberto & MIRALLES, Ricardo (eds.): *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999, pp. 21-36.

² TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero en la historia de España*, II vols., Madrid, Taurus, 1972.

incluso setenta años antes³. En definitiva mostró una interpretación global y diacrónica de *todo el movimiento obrero* sin haber previamente estudiado ningún caso concreto en profundidad.

Con respecto a este primer aspecto, la experiencia vital de Tuñón en los años treinta no fue estrictamente hablando la de un militante del movimiento obrero en su faceta social, sino en la política y cultural. Para que esto se entienda con toda claridad: no pertenecía al mundo del trabajo ni tuvo militancia sindical alguna. Había sido educado en el entorno liberal de una familia burguesa, profundamente relacionada con la enseñanza y la Institución Libre de Enseñanza. Su relación con las organizaciones obreras fue de compromiso político estricto a través de las Juventudes Comunistas (desde 1932) y más tarde en las Juventudes Socialistas Unificadas tras la fusión (JSU, 1936), y su papel más destacado durante la República fue como agitador cultural más que político, en la FUE (Federación Universitaria Escolar), de la que llegó a ser secretario general (1935-1937). Su perspectiva por tanto es la de un universitario, miembro del “Frente Popular de la Cultura”, que hace “labor revolucionaria” apoyando desde fuera las huelgas y conflictos típicos del movimiento obrero y campesino, que identifica inevitablemente con la revolución⁴. Estudiante de la Universidad Central de Madrid, en la que no había sindicalistas, pero tampoco y significativamente anarquistas⁵. Significativamente porque en sus análisis del movimiento obrero español los anarquistas y sus tácticas son perfectamente comprendidos, en el mejor de los casos, o abiertamente denostados, en el peor. Aunque el ímpetu revolucionario se aquietó, según propia confesión, durante la Guerra Civil, su entusiasmo y optimismo juvenil permaneció mucho tiempo después, adobando su escasa perspicacia política de entonces⁶. Aunque su militancia en el PCE continuó en su exilio francés, nunca tuvo un contacto estrecho con sus dirigentes (excepto con Fernando Claudín, que fue expulsado en 1964) y ejerció más bien el papel de intelectual comprometido, *compañero de viaje*, que el de dirigente político.

Por lo tanto y en lo que aquí interesa, su perspectiva no es la de un dirigente sindical y obrero, que eran los que habían abordado la historiografía del movimiento obrero más o menos hasta los años setenta (Fernando Garrido, Manuel Buenacasa,

³ PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española del movimiento obrero”, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): 197-215. Lo compara entre otras con la *Historia del sindicalismo* de los Webb (1894; 1920 en su versión definitiva), la *Historia del movimiento obrero* de Dolléans (1936) o la *Historia del movimiento sindical francés* de Lefranc (1937).

⁴ El mejor relato de la biografía de Tuñón, pletórica de detalles y recuerdos suministrados por él mismo, en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de...*, escrita por ellos mismos. De ella son las expresiones entrecomilladas (pp. 32-33). Más detalles sobre su vida en GRANJA, José Luis de la (coord.): *Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores. Catálogo de la exposición biográfica y bibliográfica*, Madrid-Bilbao, Universidad del País Vasco / Casa de Velázquez, 1994.

⁵ “Entre los estudiantes no había prácticamente anarquistas”, en la GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): 36. También recuerda que cuando él mismo ya no era revolucionario (los años del Frente Popular) lo seguían siendo los seguidores de Largo Caballero (sindicalistas) y la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de Ricardo Zabalza (sindicalistas y además jornaleros).

⁶ Algunos datos de su escasa perspicacia en GRANJA, José Luis de la & REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de...*, *op.cit.*, “no preveía que íbamos a una guerra [en 1936]”, (p. 38), no fue consciente de la derrota hasta la caída de Cataluña [1939] (pp. 43-50), pensaba que Franco no duraría demasiado en un “optimismo fuera de la realidad” [1946] (p. 60).

Anselmo Lorenzo, Juan José Morato), pero tampoco la de un patólogo social (como podría definirse a Constancio Bernaldo de Quirós o a Juan Díaz del Moral). Sin embargo comparte con ambos colectivos que se encontraba desligado de los medios académicos y de los historiadores profesionales en España cuando comienza a *historiar* el movimiento obrero fuera de España⁷.

Esta posición excéntrica es el segundo factor clave del análisis de Tuñón. Su contacto con la historiografía del movimiento obrero antes del exilio fue básicamente haber dado clases de Economía y de Historia del movimiento obrero y las Internacionales en la Escuela de Cuadros de la JSU (1937). Importante experiencia pues esta concepción de la historiografía del movimiento obrero como método educador de la militancia del propio movimiento no sólo no la abandonó durante el exilio sino que allí se reforzó cuando entabló amistad con Manuel Núñez de Arenas, madrileño de extracción familiar liberal, intelectual y acomodada similar a la del propio Tuñón. Este intelectual del PSOE, y tras 1921 y durante unos años del escindido PCOE (Partido Comunista Obrero Español), había fundado la Escuela Nueva en 1910, domiciliada en la Casa del Pueblo de Madrid, y su vocación docente persistió en los años treinta y en el exilio francés. No sólo reforzó en Tuñón la función educadora de la historiografía del movimiento obrero sino que aportó algo más: la experiencia vital de la generación anterior, la de los años anteriores a la República y en particular los de la Primera Guerra Mundial, que Núñez de Arenas había vivido en primera persona. Esta doble faceta, como *magister* y como militante, le había impulsado a historiar el movimiento obrero en sus *Notas sobre el movimiento obrero español* de 1916. Y esta obra fue la que Tuñón completó, continuó y amplió con abundantes observaciones en la *Historia del movimiento obrero español* que firmaban ambos⁸. El legado de Núñez de Arenas fue por tanto triple: una obra escrita sobre el movimiento obrero que había que completar y prolongar pues estaba truncada (es decir sin una conclusión lógica), su concepción de que de las tácticas del movimiento obrero del pasado se deducían enseñanzas para el presente y su propia experiencia y testimonio acerca de la crisis de la monarquía y *el problema español*.

El exilio, por muy paradójico que pueda parecer, resultó ser una tribuna privilegiada que le permitió a Tuñón tres cosas. En primer lugar, sumergirse en la nueva historia social y económica que estaba triunfando en Francia tras 1945 a través de sus estudios en la VI sección de la *École Pratique des Hautes Études* y la dirección de su mentor Pierre Vilar (es decir y simplificando la fórmula: marxismo + *Annales*, con cierto tinte estructuralista y cuantitativista), algo que le habría sido prácticamente imposible en el ambiente de la universidad española de los cuarenta y cincuenta. Aunque el atraso de la historia social y el de la historia contemporánea en general

⁷ Es significativo como los primeros intentos de seria historia social en España no provinieron de los historiadores profesionales. Constancio BERNALDO DE QUIRÓS, autor de *Bandolerismo y delincuencia subversiva en la Baja Andalucía -1913-* o *El espartaquismo agrario andaluz -1919-* procedía del campo de la criminología, derivada en antropología, y Juan DÍAZ DEL MORAL, autor de *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria)*, 1929-, de la notaría, devenida en sociología. Sus orígenes no les libraron de las depuraciones franquistas -y del exilio en el primer caso-.

⁸ NÚÑEZ DE ARENAS, Manuel & TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historia del movimiento obrero español*, Barcelona, Nova Terra, 1970.

en la universidad española ya eran anteriores al franquismo⁹, éste por supuesto agravó esta situación¹⁰. En segundo lugar, le permitió convertirse en un ídolo y una referencia entre las nuevas generaciones de investigadores universitarios españoles por su triple condición de exiliado político –retador del franquismo–, innovador en las disciplinas de las ciencias sociales –retador del anquilosado academicismo– y sobre todo referencia extrauniversitaria de debate interdisciplinario –retador de las capillas e incluso dictaduras departamentales entonces existentes–. Triple papel que se reforzó con los coloquios que organizó en la Universidad de Pau en los años setenta y a los que asistió una nutrida generación de investigadores, después básicos para la evolución de las ciencias sociales en España en las décadas siguientes. Por último, su situación excéntrica le dio una función social y política a su labor de historiador que a mi entender es muy dominante en su historia del movimiento obrero escrita en el exilio. La función de desenterrar del pasado olvidado la singladura del movimiento obrero español anterior a la Guerra Civil como enseñanza imprescindible y experiencia colectiva recuperada para una generación que había nacido y crecido bajo la dictadura de Franco y se hallaba desligada de sus referentes anteriores a la guerra en materia de conflictividad social y en particular de estrategias de confrontación contra el régimen.

Desde 1956, pero muy en particular desde 1962, la agitación universitaria y muy especialmente las protestas de los trabajadores industriales se incrementaron considerablemente. Tendencia que no hizo sino incrementarse geoméricamente a medida que transcurrieron los años sesenta, con cierta influencia de la oposición del exilio pero que en ningún caso determinaba y mucho menos dirigía lo que estaba pasando en el interior de España. Este incipiente nuevo movimiento obrero *necesitaba* referentes estratégicos y tácticos de los conflictos del pasado, experiencias históricas que en condiciones normales pasan de unas generaciones más antiguas (de militantes, pero también de simples protagonistas) a otras más jóvenes que les acompañan y después relevan. Pero los asesinatos, las persecuciones y el exilio habían *desmochado* no sólo a buena parte de la universidad española sino a lo más granado y combativo del movimiento obrero español. Los trabajos de Tuñón sobre ese tema pretendían ser el puente sobre ese *gap* generacional, completando el vacío físico y

⁹ La historiografía española ni vivió la catástrofe bélica de 1914-1918 del mismo modo que el resto de la europea ni vio un cambio de régimen en los años cruciales de 1917-1923, lo que podría haber resultado un acicate. Más bien al contrario, el giro conservador de la dictadura de Primo de Rivera reforzó la extensión del tradicional historicismo al análisis de los siglos XIX y XX como dio fe el que se puede considerar el primer manual universitario de historia contemporánea de España: *Edad Contemporánea, 1808-1923* (tomo V, II vols., 1928-1930), que concluía la historia de España de Altamira iniciada a principios de siglo. Esta obra estaba escrita muy significativamente por el catedrático de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad de Madrid Pío Zabala, primero diputado maurista y después rector franquista de dicha universidad entre 1939 y 1951 (y enemigo acérrimo de la Institución Libre de Enseñanza y del Centro de Estudios Históricos). Filiación parecida (y la misma querencia tradicional por el cronicón político) tenía el *contemporaneísta* de fuera de los medios universitarios más célebre de antes de la guerra, Melchor Fernández Almagro.

¹⁰ Véase al respecto PASAMAR, Gonzalo & PEIRÓ, Ignacio: *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1987, en particular del primero, PASAMAR, Gonzalo: “La historiografía contemporaneísta en la posguerra española: entre el desinterés académico y la instrumentalización política (1939-1950)”, pp. 65-92; y PASAMAR, Gonzalo: *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.

psicológico que la represión franquista había dejado en las experiencias de la protesta colectiva en España.

En 1972 cuando aparece *El movimiento obrero en la historia de España* las huelgas y protestas universitarias ya formaban parte del paisaje habitual del franquismo. Por entonces ya circulaban en el país *La España del siglo XIX* (1961) y *La España del siglo XX* (1966), que aunque editadas por la Librería Española de Antonio Soriano, sita en París, habían pasado la censura del régimen (en líneas generales) y habían alcanzado una gran difusión en formato de bolsillo. Pero fue en los años setenta, siendo editadas en España por Laia, cuando alcanzaron una difusión masiva, como la obtuvieron la mayoría de sus publicaciones al menos hasta 1981. Como consecuencia de todo lo explicado anteriormente, el público de Tuñón creció de forma exponencial como atestiguan las continuas ediciones y tiradas de sus libros. Éxito editorial que no puede explicarse únicamente con el público académico habitual característico de este tipo de obras, al menos en España, sino que obliga a referirse a Tuñón como un historiador de referencia para buena parte de los agentes de los movimientos de protesta que protagonizaron en España los años del tardofranquismo y la primera transición. Aunque la difusión y conocimiento de sus obras entre en la militancia universitaria, obrera y de los movimientos vecinales es algo que debería estudiarse primero antes de asegurar nada, parece bastante plausible afirmar que hacia 1982 era el historiador español más conocido fuera del ámbito universitario, y en particular entre los medios políticos y sindicales que emergen de la lucha antifranquista y del proceso de transición democrática¹¹.

Por último nos referimos al enfoque sintético que Tuñón da a la historia del movimiento obrero como una tercera clave. Este enfoque ya se encontraba en sus primeros trabajos sobre este particular como su *Introducció a la història del moviment obrer*¹², en la ampliación del libro de Núñez de Arenas ya citado (1970), y sobre todo en *El movimiento obrero en la historia de España* (1972), que se convirtió como ya hemos dicho en un clásico, algo por cierto que no estaba nada claro cuando apareció¹³. Aunque luego monitorizó obras colectivas, dedicó artículos o

¹¹ Muestra de este impacto y esta influencia son los programas documentales, en cuyo guión intervino, que se emitieron en TVE en los años ochenta, gobernando el PSOE el país: *Memoria de España: medio siglo de crisis (1896-1936)* en 18 episodios emitidos en 1983 –dirigido por Ricardo Blasco– y *España en guerra: 1936-1939* en 30 episodios emitidos en 1987 –dirigido por Pascual Cervera–. Hoy probablemente su contenido pueda estar desfasado o rebasado en algunos aspectos pero la emisión de *Memoria de España* (que comenzó en 2004) demuestra que el paso del tiempo no tiene por qué mejorar la percepción histórica ni el rigor historiográfico. Como muestra basta decir que en dicha serie sobre la Historia de España, que abarca más de 1.300 minutos en su totalidad, se consagraban a la Guerra Civil menos de 15 minutos (para poder comparar, algo más de tiempo se le daba a la Dictadura de Primo de Rivera), y según los guionistas –coordinados por Fernando García de Córdazar–, en el PSOE y en la UGT en 1933 pasan a ocupar el poder los “llamados bolcheviques” (expresión literal).

¹² TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Introducció a la història del moviment obrer*, Barcelona, Nueva Terra, 1966 [traducción de la obra editada en castellano en París en 1965].

¹³ Recibió reseñas muy críticas de OLÁBARRI, Ignacio: “El Movimiento Obrero en la Historia de España”, *Nuestro Tiempo*, 225 (1973), pp. 136-142, donde se la atacaba por “ideológica” (en el sentido de marxista y poco neutral); y de FUSI, Juan Pablo: “Algunas publicaciones recientes sobre la historia del movimiento obrero español”, *Revista de Occidente*, 123 (1973), pp. 358-368, que la acusaba de poco empírica.

capítulos a aspectos concretos como alguna huelga o conflicto¹⁴ y dirigió una historia del socialismo español, no hizo realmente ninguna monografía sobre algún conflicto social más concreto salvo en *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX: Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932)*¹⁵ y, si se quiere, el estudio de la reforma agraria (con los conflictos campesinos) durante la Segunda República que ocupa casi la mitad de su obra *Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular*¹⁶. Para Tuñón el movimiento obrero sólo se puede interpretar en su globalidad, sólo puede hacerse inteligible en su conjunto y su sentido se lo da su propia evolución diacrónica.

En ese sentido la interpretación de Tuñón del movimiento obrero español *circa* 1970-1972 (como ya he señalado la más influyente por distintos motivos) se basa en el marxismo, fundamentalmente el filtrado en Francia, por las razones que ya hemos visto. Su conexión con el marxismo británico es prácticamente inexistente¹⁷. Por lo tanto no le falta su teleología: se trata de una historia de cómo los obreros, definidos objetivamente por una posición determinada en las relaciones de producción¹⁸, surgen como clase, adquieren conciencia de esa situación, se asocian y combaten unidos, consiguiendo cada vez mayor presencia política y social, hasta su triunfo final, que en su obra de 1972 tiene que posponerse, porque esta evolución se ve truncada en 1936 con la Guerra Civil y la censura habría impedido ir más allá. Se trata por tanto de un triunfo (un cambio, una revolución), *truncado* o *postpuesto* en la época en que Tuñón escribía. Como contemporáneo de los hechos en los años treinta, el autor también lo veía así en su juventud. La sucesión de realidades es siempre meridiana en Tuñón: primero viene la estructura de clases expresada en unas condiciones de vida y unas relaciones sociales, después la conciencia de clase, por la que los protagonistas se hacen conscientes de su situación (opresión, explotación, sujeción), lo que les lleva a asociarse, solidarizarse unos con otros (por efecto de la sociabili-

¹⁴ Particularmente interesante a mi modo de ver en su modo de acercarse a los microconflictos (o como le gustaría decir a él mismo a los *conflictos coyunturales*) es su trabajo TUÑÓN DE LARA, Manuel: “Las primeras huelgas de 1934”, en BALCELLS, Albert (ed.): *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fdo. Torres, 1977, pp. 161-175.

¹⁵ TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX: Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932)*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

¹⁶ TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular*, Madrid, Alianza, 1985.

¹⁷ Se ha llegado a afirmar que usa “fuentes francesas en exclusiva”, ARÓSTEGUI, Julio: “Manuel Tuñón de Lara y la construcción de una ciencia historiográfica”, en GRANJA José Luis de la & Alberto REIG TAPIA (eds.): *Manuel Tuñón...*, p. 171.

¹⁸ En 1970 sostenía: “se es obrero o se pertenece a la clase obrera por razones objetivas independientes de la voluntad del sujeto, incluso sin que éste tenga conciencia de ese fenómeno”, NÚÑEZ DE ARENAS, Manuel & TUÑÓN DE LARA, Manuel: “Introducción”, en NÚÑEZ DE ARENAS, Manuel & TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historia del movimiento...*, *op.cit.*. Sin tener que recurrir a la polémica Perry Anderson vs. Edward P. Thompson sobre el particular, sólo decir que según este postulado, los trabajadores por cuenta ajena del sector primario y secundario (+ transportes), que son lo que Tuñón consideraba auténticos obreros (véase TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero...*, vol. I, p. 9), son ya una clase por el mero hecho de existir, sólo que una clase sin conciencia. Al incluir a los jornaleros agrarios –un grupo social que existía antes de la industrialización, por mucho que ésta pudiese alterar o agravar su situación– en este grupo se crea una singular paradoja histórica pues la clase obrera por tanto existiría hace más de mil años.

dad y la *empatía*, cuando ves reflejada en el otro tu propia situación), y por último llega la lucha de clases, el conflicto social explícito, en el que los obreros actúan juntos para mejorar su situación. Para recalcar más la posición de este último, Tuñón le llama *conflicto coyuntural*, el que estalla y se hace explícito, pues existe un *conflicto estructural* o latente, que prácticamente es intrínseco a la estructura social de la que hablábamos inicialmente y que puede hacerse explícito o no¹⁹.

Es obvio que hoy en día para los que nos acercamos a los movimientos sociales, la protesta y el conflicto social, no sólo hay conflictos condicionados por la producción o el trabajo, los hay religiosos, culturales, étnicos, de género, identitarios e incluso familiares. Como es sabido hasta los años ochenta aproximadamente en España predominaron los estudios centrados en el movimiento obrero al que se le daba un papel predominante. Luego, por variadas razones, entre las que no son menores la pérdida de virulencia y protagonismo de éste en la Europa actual, la disolución del mito revolucionario entre los intelectuales e investigadores de estos temas y la emergencia de otros movimientos sociales desde los años sesenta, ha pasado a ser un tema *passé* entre los historiadores interesados en temas sociales. Pero lo cierto es que durante el primer tercio del siglo XX su importancia fue muy grande, lo fue para los propios contemporáneos y su amenazante existencia misma (y sus temas colaterales, el marxismo y la revolución) se convirtió en la justificación última de los rebeldes de 1936 y por tanto de la Guerra Civil. Por lo que el estudio del movimiento obrero de esa época no parece un tema menor y no está muy justificado relegarlo por algún tipo de moda intelectual. De hecho es bastante errado pensar que realizar un estudio que relacione condiciones de vida y trabajo, el tipo de asociaciones que los trabajadores crean en un momento dado (o que ya existen o que se importan de otro lado) y las ideologías y discursos que las acompañan, y las protestas sociales y políticas con las que tienen que bregar (no siempre creándolas, liderándolas o innovando sobre ellas sino en muchos casos canalizándolas, frenándolas e incluso arrastrados por ellas). El problema en mi opinión es cómo se imbrican estas tres instancias y si contribuyen a clarificar cuestiones, no qué aparezcan desarrolladas en un trabajo.

De hecho y en este ámbito particular del movimiento obrero la de Tuñón era una metodología bastante clara y sencilla, respondía bastantes preguntas, aunque desde luego no todas (desde el punto de vista científico, da soluciones, provisionales, pero soluciones al fin y al cabo), hacía inteligible un proceso y resultaba novedosa en su momento. Esto explica su éxito y no ninguna moda generacional particular. Esta forma de abordar el problema se refleja en su forma expositiva, es decir en el relato, aunque de una forma curiosa. Si tomamos su clásico de 1972 veremos que se divide en capítulos cronológicos de más o menos diez años (con la excepción del Sexenio democrático), que se van acortando inexorablemente a medida que nos introducimos en el siglo XX: 1910-1915, 1915-1920, 1920-1923, 1923-1930 y 1930-1936. No son lo suficientemente amplios como para poder llamarlos otra cosa que *coyunturas*. Cada una de ellas se expone en tres niveles atendiendo al esquema operativo anteriormente señalado: condiciones de vida (relaciones de clase), asociaciones obreras (conciencia de clase) y conflictos explícitos (lucha de clases), preferentemente huelgas.

¹⁹ Dicho de otro modo, los obreros no sólo son clase obrera les guste o no, sino que se encuentran inmersos en un conflicto latente tanto si protestan como si no lo hacen.

El esquema sin embargo no es rígido, el peso de los tres niveles es desigual y la división entre los niveles no se mantiene siempre en cada etapa. Durante el siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial Tuñón mantiene una taxativa separación entre las organizaciones (y su número de afiliados) y los conflictos englobados como “práctica del movimiento obrero”, que además ocupan poco espacio al centrarse en las huelgas organizadas y conflictos laborales. A partir de 1915 sin embargo desaparece la división entre organizaciones, congresos y dirigentes por un lado y conflictos y huelgas por otro: el desarrollo de partidos y sindicatos y las huelgas y conflictos son una y la misma cosa (con elecciones de por medio) y se hallan entremezcladas. Dicho de otro modo, son indisolubles. Aunque hace un receso durante la República para analizar con más detalle las organizaciones obreras ante el advenimiento del cambio de régimen, la conclusión no puede ser más transparente. Estamos ante una nueva etapa del movimiento obrero —la que podría denominarse de *madurez*— y en ella la organización y el conflicto son mostradas en plena coincidencia: la organización dirige el conflicto, toma decisiones conscientes y obtiene resultados (o fracasos), de los que tiene que aprender antes de lanzarse a otro y así sucesivamente, por lo que resulta estéril establecer una distinción entre ambas.

Por condiciones de vida Tuñón entiende básicamente la situación económica de los trabajadores (precios, salarios, situación de las industrias y sectores de producción del país). Aunque hay algunas referencias al nivel de alfabetización, la cultura laboral (lo que a mí me gusta llamar etnología o antropología del trabajo) es un tema bastante ausente en sus análisis. Pero en cualquier caso al referirse a períodos de tiempo tan cortos no puede decirse que describa una situación estructural que determina la acción, sino que está más bien pendiente de las alteraciones coyunturales de la economía que puedan incidir sobre la conflictividad (al estilo de Labrousse). De modo que el supuesto nivel estructural está supeditado en su obra al grado de organización y al nivel de conflictividad.

La conciencia de clase se mide en su obra en número de obreros asociados, preferentemente en número de asociados a organizaciones en las que la acción política se reconocía como fundamental, que es lo que tenían en común todas las influidas por el marxismo en versiones de la Segunda y la Tercera Internacional (socialdemócratas o comunistas). Las organizaciones en las que primaba la acción directa (anarquistas, sindicalistas, católicas o no, y lo que él llama *societarias*, que en puridad son organizaciones sindicales apolíticas y no revolucionarias) son relegadas a un segundo plano: posicional, pues siempre se las estudia en su obra *después* que a las otras, y de contenido, pues se las considera erradas en sus tácticas y en el caso particular del anarcosindicalismo, existe un notable tono de escasa comprensión o incluso de condescendencia: cuando hay “una visión más realista y constructiva que denota un nivel de conciencia ya diferente” es por que aumenta la corriente socialista, cuando crece la CNT eso “hacía perder la perspectiva a algunos de sus militantes”, que en la CNT “se instalaba la confusión entre sus funciones de grupo político y las sindicales”, que al parecer estaban perfectamente delimitadas en el movimiento socialista, etc.²⁰. Y eso pese a que el sindicalismo apolítico fue muy dominante en el país hasta al menos 1923. En ese sentido su concepción del movimiento obre-

²⁰ TUÑÓN DE LARA, Manuel: *El movimiento obrero...*, vol. II., pp. 619, 629 y 631, respectivamente.

ro está condicionada por su experiencia vital: la de un intelectual que busca influir sobre las tácticas obreras sin pertenecer a sus organizaciones más básicas, que solían ser en la época los sindicatos. Para Tuñón las organizaciones sindicales deben seguir las tácticas de los partidos políticos, pues si no están abocadas al desastre. Y eso limita su perspectiva, porque su historia del movimiento obrero trata de ser *magistra vitae* y enseñar a las organizaciones obreras lo que son tácticas erradas: básicamente las que no siguen la estrategia política de un partido y las que no están unificadas, *ergo* coordinadas²¹.

Tal es la insistencia de Tuñón en mostrar las divisiones y enfrentamientos internos a que llevan las erradas conciencias de clase –las que no siguen a los partidos obreros y se unen tras ellos– que algunos representantes del franquismo en España se congratulaban por la imagen penosa que daba del movimiento obrero español²². Por lo tanto no puede decirse que Tuñón haga una historia hagiográfica del movimiento obrero español, concepción absolutamente errada, sino una historia del fracaso del movimiento obrero y su aportación al desastre nacional de la Guerra Civil. Esto no sólo se debía a sus propias y traumáticas experiencias vitales sino a su posición de guía desde el exilio del incipiente movimiento obrero nacido en las entrañas del franquismo en circunstancias poco idóneas y sin poder recurrir a la guía de la política, salvo a través de la clandestinidad. ¿En qué libro de historia actual encontraríamos este aviso?: “cualquier analogía en las denominaciones y enunciados con hechos de nuestro tiempo, no puede interpretarse más que como una mera coincidencia del acaecer histórico”²³. De hecho había analogías por todas partes y en parte eso explicaba la funcionalidad del trabajo y su impacto. Esa insistencia sin embargo en la vertiente *política* y *táctica* de las organizaciones obreras ha tenido gran influencia en España, pero termina siendo una vía muerta en las investigaciones del movimiento obrero. Identificar asociación con conciencia de clase, creer que la asociación impone sus tácticas e ideologías sin más a obreros que la reciben y obedecen porque es acertada *per se*, o distinguir una conflictividad acertada y *consciente* (la que complementa o se somete a la acción política) de otra que no lo es tanto (la que no lo hace, por muy diversos motivos, en muchos casos intrínsecos al propio conflicto o al colectivo de trabajadores protagonista) termina convirtiendo la historiografía del movimiento obrero en un instrumento militante. Este tipo de historiografía es la que yo considero superada, pero no la historiografía del movimiento obrero.

Por último, el peso de las organizaciones se deja notar en su descripción de la conflictividad, donde las huelgas, que generalmente son un fenómeno bastante organizado y una de las pocas protestas explícitas que puede ser considerada genuinamente *obrera* –al ser trabajadores por cuenta ajena por lo general los que paran su actividad–, tienen una presencia considerable. Por ello la lucha de clases parece con-

²¹ Otra de sus insistencias favoritas es durante la República la de la “falta de total unión de los sectores laborales” (exceptúa abril de 1931, febrero de 1936 y la experiencia UHP en Asturias en 1934), TUÑÓN DE LARA, Manuel: vol. II., 934.

²² Carlos Robles Piquer sobre su primera historia del movimiento obrero de 1965-1966 decía en carta a Manuel Fraga, entonces ministro de Información y Turismo, el 19 de febrero de 1966: “el libro muestra las características de violencia y de escisión interna que han caracterizado la actuación contemporánea de los movimientos obreristas en España”, en GRANJA, José Luis de la & Alberto REIG TAPIA (eds.): 88.

²³ TUÑÓN DE LARA, Manuel: vol. I., 8, en el *Propósito*.

cretarse en las huelgas y en las insurrecciones más o menos políticas que las pueden acompañar, considerando Tuñón por lo general otro tipo de confrontaciones tan explícitas como esas (motines, protestas espontáneas, disturbios) residuos del pasado o de escasa relación con los obreros, entendidos como tales en su relación con los medios de producción. Por no hablar de las manifestaciones características de la protesta recurrente y cotidiana (incidentes, boicoteos, absentismo, resistencia pasiva, etc.). Sin embargo es muy destacable que las protestas obreras explícitas se conviertan en definitiva en el hilo conductor de su tratamiento del movimiento obrero y en el fondo las que dan sentido a todo el relato. Porque en definitiva lo que Tuñón quiere explicar es el conflicto social y ese es el eje de su exposición. El conflicto lo considera el padre del cambio y el cambio, que es lo que crea el tiempo histórico, es el centro (o debería serlo) de la preocupación de los historiadores que nos dedicamos a explicar en qué se diferencia el presente del pasado y hacer ese proceso más o menos inteligible.

Por ello una de sus fijaciones como historiador fue la explicación de las crisis políticas, esos momentos donde se abre la perspectiva del cambio, y supeditar, como ya he dicho, las dinámicas sociales propias del movimiento obrero a las perspectivas políticas globales, en paralelo a la situación española del tardofranquismo, que parecía estar abocada a terminar en una de ellas: cuando en 1974 dio una conferencia en la Universidad Complutense de Madrid en su segundo viaje a España para este fin (en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología) hizo una “crisología” de la España contemporánea centrándose en 1898, 1917 y 1931, fechas clásicas de crisis del estado y de las instituciones y qué papel pudo jugar o no el movimiento obrero en ellas. Cuando si lo analizamos desde un punto de vista exclusivamente social, huelguístico si se quiere, o insurreccional, y atendiendo en particular a la propia virulencia y dinámica del movimiento obrero, hubiese parecido más lógico recurrir a 1909-1912, 1919-1920 o 1933-1936, fechas donde grandes olas de protestas retaron directamente a las instituciones y a su capacidad de respuesta (y también de paso a las capacidades de las organizaciones).

Y en mi opinión, perteneciente como soy a una generación menos endeudada con sus aportaciones metodológicas (bien por haberlas seguido y luego abandonado, bien por haberlas denostado) y con su ejemplo personal como luchador “contra el olvido y la tergiversación”²⁴, lo que encuentro más valioso de su legado es el agudo foco que realizó sobre el problema del conflicto y en particular sobre las protestas explícitas como centro de la preocupación histórica. Sus trabajos sobre el movimiento obrero no son acumulaciones de afiliados y congresos (aunque no carecen de ellos) sino de conflictos minuciosamente reseñados y sus efectos sobre las organizaciones que los dirigían (o supuestamente lo hacían). Lógicamente el conflicto laboral organizado puede ser una parte importante en determinadas circunstancias pero ni es el único, ni tiene por qué ser el dominante. Ahora bien, tampoco debe desaparecer de los análisis históricos del pasado como si no existiera ni supeditarlos a los con-

²⁴ PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española”, en GRANJA José Luis de la, REIG TAPIA, Alberto & MIRALLES, Ricardo (eds.): 36, donde se afirma que el miedo al olvido del “mundo perdido” antes del franquismo es el motor fundamental de la preocupación de Tuñón como historiador.

flictos políticos o ideológicos hasta el extremo de que todas las protestas sociales tengan que ser explicadas por un objetivo político explícito y consciente para ser válidas o inteligibles. Sin embargo, el problema es que Tuñón no sacó la conclusión más lógica que hoy a muchos nos parece la correcta: si la protesta es el eje del análisis y de la explicación (o como preferirán algunos, del relato y la recreación), ¿por qué no convertirla en el eje metodológico? ¿Por qué deben serlo las condiciones de vida o las organizaciones? O en la terminología que Tuñón habría preferido, de la lucha de clases se pasa a la conciencia y de la conciencia al establecimiento de las relaciones de clase.

Hoy hay cierta tendencia entre los estudiosos de los movimientos sociales (de los que el movimiento obrero es un ejemplo insigne y en realidad el *ejemplo* por antonomasia para muchos otros movimientos, incluso podría discutirse si es el único autoreferencial) a considerar la protesta socio-política (choque de intereses, lucha de clases sin clases *thompsoniana*, acción colectiva *contenciosa* o de confrontación de Tilly, etc.) como clave, pues la organización estable del movimiento se gesta alrededor de ella en determinadas circunstancias y muta a medida que las protestas evolucionan, y finalmente eso puede crear, cambiar o modificar ciertas identidades, creando una conciencia de comunidad de intereses del tipo que sean (identidades de clase, étnicas o de género por citar algunas fácilmente reconocibles) que puede (y suele) definirse en oposición a otras. Cuando ya existe un movimiento social organizado con cierta antigüedad como en España *circa* 1920 es lógico que intervenga en la gestión y dirección de protestas colectivas, pero aún así no están todas a su alcance, son muchas las que no controla e incluso aprueba y las que aparentemente gestiona directamente crean tales dinámicas propias que alteran toda la organización, obligándola a cambiar y provocando así mismo un gran efecto entre colectivos en absoluto organizados e incluso reticentes al movimiento asociativo por muy distintos motivos (banca, dependientes, mujeres, funcionarios), como creo haber demostrado para el Madrid anterior a 1923²⁵. Sobre estos referentes y experiencias se van tejiendo identidades colectivas futuras.

Aunque las antaño llamadas *condiciones objetivas*, entendiendo por tales las materiales y cuantificables, juegan un papel de interrelación profunda con esta dinámica, y difícilmente puede hablarse de protesta obrera o de identidad de género sin saber en qué condiciones materiales *reales* vivían ciertas personas (o al menos a mi entender la explicación siempre quedará incompleta), resultan insuficientes por sí solas para generar (y por tanto para explicar) las protestas colectivas. Por ello el análisis minucioso de las protestas y su capacidad de crear movimientos sociales estables, modificarlos e influir sobre ellos, generando identidades colectivas, sigue siendo un legado válido de la empresa del profesor Manuel Tuñón de Lara.

²⁵ SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca / Fundación Francisco Largo Caballero, 2006.